

ja, los soldados blusa roja, roja era la bandera de las asociaciones políticas, y hé aquí en todo su apojío la escarapela de los revolucionarios franceses. Todos repetían parodiando á Laffayette: *Nosotros los rojos, nosotros los republicanos, los hijos del pueblo libre, los tagarnos.....*

Todo esto recrudecía los ódios de partido, desunía á unas familias de otras y á algunas entre sí, llevando la discordia al seno de la sociedad y al del hogar. Desapareció por esto la sociabilidad, el trato, que tanto endulzan y mejoran las costumbres, y apareció una barrera difícil de salvarse entre los liberales y los conservadores, que por su parte eran intolerantes, obstinados, y más entónces que les dominaban el odio y el despecho. Era aquello la fiebre, la locura, el *delirium tremens* de los partidarios. Y el pueblo acudía al club, á las reuniones en las plazas y en las calles donde los discursos se improvisaban, (1) y se escuchaban y aplaudían las mas audaces diatribas, las ideas mas subversivas. Pudieron entónces ilustrarse las masas, si hubiesen sido dirigidas más hábilmente.

Entre tanto el partido conservador se contentaba con oponer á la activa propaganda de sus contrarios la inercia y el miedo. En vez de luchar con las mismas armas que en su contra se esgrimian, dábase por satisfecho censurando y odiando cuanto pasaba, en reuniones privadas; riéndose de que se elevasen los artesanos, los comerciantes y agricultores de la clase

(1) En esos parajes públicos se dirigía á las masas, en prosa ó en verso, pero siempre emitiendo las mas exajeradas ideas, la señora Doña Soledad Arias.

media. Estaba débil y no lo conocía: la desunion mermó sus filas. Muchos adjudicatarios, antes furiosos reaccionarios, halagaban al partido que dominaba, aparentando amor á los principios y siguiendo la corriente de los sucesos que les aseguraba la posesion de los bienes tan fácilmente adquiridos. Se asustaba el partido conservador á la vista de un espectáculo nuevo para él, y aunque decia despreciar á sus enemigos y creer en el pronto exterminio de éstos, se encerró en el círculo estrecho de un egoismo glacial.

La medrosa reaccion no fundó un solo periódico cuando tantos se publicaban en sentido liberal, (1) ni fió el triunfo de su causa á la tribuna, cuando en ella tronaba la juventud. Macías, Alonso, Chávez (D. Martín) López, Leon, Alcázar, el que esto escribe y otros se acercaban á las masas, procuraban ilustrarlas y contar con su poderoso concurso. La tribuna era tambien ocupada por gentes del pueblo, y se distinguieron D. Cirilo Posada, D. Ponciano López, D. Rafael Esparza, los hermanos Jimenez y otros.

Avila aparecia el mas rojo entre aquellos rojos, y no encontrando ya que innovar, dió orden al jefe político Gallegos para que echase abajo las campanas, medida innecesaria, estéril en resultados, dictada solo para halagar pasiones del momento. El mismo Avila, orgulloso con los adelantamientos que eran notables,

(1) Es preciso consignar aquí que, aunque los escritos que se publicaban, en prosa ó en verso, se resentian de las exageraciones de la época, fueron muchos de ellos reproducidos y aplaudidos por la prensa de la República. Algunos merecen conservarse, no para honra de sus autores, sino para la del Estado.

presidia el movimiento general, reunia y estimulaba á los literatos, protegía á la prensa, impulsó la instrucción pública y estableció la Escuela normal de profesores. Logró además que el cura D. Miguel F. Frutos en la capital, en Rincon de Romos el cura D. Francisco J. Conchos, y en Calvillo el párroco D. José del Refugio Guerra, hoy obispo de Zacatecas, calmasen la exaltación de los fanáticos, fomentada los años anteriores por las predicaciones de imprudentes frailes. Se quitaron muchos obstáculos del camino que se quería seguir, y la paz y la tranquilidad se consolidaron.

En esta época, la mas feliz del gobierno de Avila, se presentó á éste el jóven capitán Juan García con sesenta ó mas hombres. Anduvo antes á las órdenes de Juan Chávez y venia á ofrecer sus servicios, que fueron aceptados, al gobierno constitucional. Ese oficial, que despues ha figurado en otra escala superior, fué admitido con los suyos. Su edad disculpaba el error cometido.

Mientras esto pasaba, las fuerzas de Zacatecas y de Aguascalientes avanzaron sobre el interior y se unieron á las que mandaba Zaragoza, formando todas ellas la division que el 10 de Agosto venció cerca de Silao al ejército de Miramon. Allí combatió el cuerpo que mandaba Macías, pereciendo muchos de nuestros compatriotas, entre otros el jóven capitán Santa María. Despues el ejército liberal se dirigió sobre Guadalajara cuya plaza sitió. Antes de rendirse ésta murió el ilustrado, probo y valiente coronel D. Jesus R. Macías, (6 de Octubre) á los treinta y tres años de edad y en los momentos en que iba á ser ascendido á ge-

neral. En Aguascalientes fué llorado ese jefe modelo de virtudes republicanas, tan honrado como modesto y tan instruido como ageno á toda pretension. Los amigos de aquel, los empleados civiles y militares vistieron luto, y se decretó y dió una pension á la hija única de Macías, cuya pérdida dejó un vacío difícil de llenar.

El ejército liberal se apoderó de Guadalajara, (Noviembre) siendo derrotado pocos dias antes en el Puente, por los generales Zaragoza, José María Arteaga y otros, D. Leonardo Márquez. Patron cayó prisionero en este combate, y la prensa de Aguascalientes, y oficialmente Avila, pidieron á Doblado que mandase al preso á Aguascalientes para que se le formase causa. Doblado fué débil esta vez y entregó á Patron en manos de sus encarnizados enemigos. Este fué escoltado por una fuerza al mando de D. Liborio Estevanez, español atrevido, pero sin cultura, sin educacion; audaz, insolente, blasfemo. El 21 de Noviembre llegaron á Peñuelas esa fuerza y el prisionero.

Tuvo lugar con este motivo en la casa del gobernador una discusion acalorada. Avila manifestó la idea, que apoyaba en una ley bárbara de no sé qué época, de fusilar á Patron sin juzgarle y sin mas requisitos que el de identificar la persona de éste y el de levantar el acta respectiva. Fué aceptada la opinion de Avila por su secretario Chávez, por D. Procopio Jayme, sumiso entónces á ambos, y por D. Luis Toscano. La combatieron D. Saturnino Barragan, D. Manuel Alonso y el autor de esta historia, débilmente el primero y el segundo con mas energía que ninguno. Los que no

querian el juicio de Patron aducian, entre otras razones, la de la necesidad de conservar la paz; es decir, significaban temor al pueblo, si el preso era juzgado y ejecutado en la capital, y miedo á Patron en el porvenir, si éste lograba fugarse ó no era sentenciado á muerte. Nosotros comprendimos esto y nos esforzamos para desvanecer los temores enunciados. Unos á otros nos acusábamos de cobardía: aquellos á nosotros, porque decian que por miedo al pueblo pretendíamos salvar al preso hipócritamente; nosotros á ellos, porque nos parecia indigno el hecho de fusilar á Patron fuera de la ciudad, solo porque se temia una sublevacion que hubieran evitado las tropas existentes en la capital. Exaltado Alonso dijo: *Juro sentenciar á muerte, como magistrado, á Patron, pero que se le oiga y juzgue;* y viendo que no le secundaba en esto su compañero Barragan, aquel salió casi gritando: *Esto es una cobardía infame, un asesinato sin nombre.* Se rieron todos y yo permanecí un rato en silencio, saliendo pocos momentos despues.

Yo conservaba alguna esperanza, fundada en que Avila era hombre de impresiones y podria modificar su opinion, y esto manifesté á Alonso, á quien encontré en mi casa. Allí acordamos hacer un esfuerzo el dia siguiente, á lo que á ambos nos impulsaba algo como un remordimiento. Los dos habiamos opinado que fuese Patron remitido á Aguascalientes, sin imaginar que la realizacion de esta exigencia podia dar lugar á un atentado. Insistimos el dia 22 en la mañana, sin fruto alguno. El correo que llevó la fatal orden de fusilamiento habia partido, y esa orden, firmada por Chá-

vez, fué ejecutada por Estevanez cerca de Montoro, á las tres y media de la tarde. D. Carlos Roberto Patron se confesó con el padre D. José María Gonzalez; andubo descalzo cosa de cien metros, y recibió la muerte. Su cadáver fué llevado á Aguascalientes. Algunas señoras le quitaron pelo al antiguo jefe de la reaccion que yacia muerto. La mayoría del Estado lamentó este suceso, y murmuró contra los autores de la muerte de Patron.

Al triste acontecimiento sucedió otro. Despues de algunos años de ausencia llegaba al pátrio suelo, y llegaba vencedor, el caudillo de Ayutla y de la Reforma, el general D. José María Arteaga, quien fué recibido con verdadero entusiasmo y júbilo. La sociedad literaria "El Crepúsculo" le nombró presidente honorario, el club le invitó á sus sesiones que presidió; se hicieron en su obsequio bailes, se dieron corridas de toros y serenatas; se improvisaron paseos, se hizo cuanto podia hacer grato al general su permanencia en el Estado, de donde salió para encargarse nuevamente del gobierno de Querétaro.

En esa ciudad daba guarnicion el batallon de Aguascalientes que mandaba el teniente coronel Arteaga desde que murió Macías, y en ese tiempo (22 de Diciembre) se dió el golpe de gracia á la reaccion en Calpulalpam. La noticia de esa victoria se recibió en Rincon de Romos donde se encontraban Avila y algunos de sus amigos. Fué solemnizado el acontecimiento y, para tortura de los geógrafos, se expidió un decreto cambiando el nombre á la ciudad que se llamó entónces "Victoria de Calpulalpam."

Veamos, antes de terminar este capítulo, á los que mas figuraron en la época.

Avila, á quien ya se conoce como poeta, como escritor y como diputado, amaba la libertad y la Reforma, aspiraba á ser popular, despreciando sin embargo las ocasiones que se le presentaron para conseguirlo, y siendo inconsecuente con los principios que proclamaba. Tenia dotes administrativas y un claro talento, pero todo oscurecido por su vanidad. Quería que cuanto bueno se hacia fuese atribuido á él exclusivamente, y no permitia, sino con disgusto, que otros tomasen la iniciativa. Protegió á la juventud, se rodeó de literatos, pero gustaba de que éstos se le sometiesen por completo y manifestasen su gratitud de una manera que este elevado sentimiento se confundiese con la adulacion. Avila no queria ni cómplices; apetecia mejor ciegos instrumentos á quienes empleaba hasta en el ejercicio de ruines venganzas y mezquinas represalias, que bien traducidas significaban pequeñez de miras. No sufría resistencias ni observaciones; le irritaba la firmeza de los que opinaban contra lo que él proponia; y cuando una de sus propias ideas causaba males en la práctica, inculpaba á sus amigos, dejando entender que habia sucumbido á las exigencias de éstos. Tenia valor civil y fué sin embargo medroso; dió importancia al valer de aquellos á quienes temia, y dominado por este sentimiento, fué ingrato é injusto con unos y arbitrario y hasta cruel con otros. Sus enemigos decian que abusó en su provecho de la nacionalizacion de los bienes del clero, lo que si no es del todo cierto, si lo fué su liga con D. Procopio Jayme, liga que impedia el de-

coro y que daba lugar á murmuraciones mas ó menos fundadas.

Desde que D. Cecilio Acosta se retiró de las oficinas de hacienda del Estado, era Jayme el *fac totum* de ella, el Colbert de Aguascalientes. Con desprecio de la Constitucion del Estado y con escándalo de la moral administrativa, era á un tiempo jefe de hacienda, tesorero del Estado, administrador de rentas y recaudador de contribuciones directas; y aunque en esta última oficina le ayudaba D. Antonio Mejía, jóven que habia prestado servicios á la causa é inteligente en el ramo, Jayme fué á un tiempo empleado federal y del Estado, superior y subalterno; se daba cuenta de sus actos á sí mismo, aprobaba y autorizaba todo, y todo visaba Avila. Esto dió lugar á terribles murmuraciones y á que hasta la calumnia se cebara en esos dos hombres. Por lo demas, Jayme era inculto, ignorante, desleal, aunque hacia esfuerzos para aparentar instruccion y lealtad. Habia pasado repentinamente de devoto á *rojo*, y conservó en sus maneras y en sus actos, esas reservas, esas gazmoñerías de ciertas gentes de iglesia. Defecionó al partido de D. José María Chávez, sin perjuicio de volver á su lado mas tarde, como defecionó á Avila aun cuando éste le elevó y enriqueció y le confiaba sus secretos. En el tiempo á que me refiero, era su Mentor D. Martin, hermano y adversario político del mismo D. José María Chávez.

El secretario de Avila era un jóven rubio de buen talento, de maneras corteses, desinteresado. Con alguna facilidad para escribir, más que para hablar, bastante instruido, aunque desacertado en la eleccion de

autores y de modelos; fogoso y apasionado, no consentía que nadie se le sobrepusiese ó igualase. Sacrificaba los afectos, la amistad al prurito de aparecer el primero; aborrecía ó despreciaba al ménos á los que valían algo, siendo amigo sincero y hasta fanático de los que aceptaban sin exámen cuanto decía. Hombre de impresiones, se dejaba llevar fácilmente del deseo de la venganza á veces, y á veces era generoso hasta con sus mismos enemigos.

Los magistrados D. Isidro Arteaga y D. Saturnino Barragán, eran medianías que á todo y á todos se plegaban; los licenciados D. Urbano Medina y D. Pascual Arrieta, no fueron mas que amigos personales del gobernador, preocupándose poco de lo demas, y el licenciado Solana, (D. Rafael) entusiasta y fogoso liberal, detestaba al Sr. Avila y amaba á la juventud que le rodeó. Solana tenia poca instruccion y ningun valor civil, y era inquieto, locuaz, díscolo, cuanto fué honrado y recto juez.

El magistrado D. Manuel Alonso era ilustrado, íntegro, enérgico, pero de ideas exajeradas y pasiones fuertes. Habló y escribió poco, pero bien, y algunas de sus obras son modelos de literatura, respiran patriotismo y entusiasmo, plagadas por desgracia de frases sangrientas, de ideas inaceptables, de blasfemias quizá. Siempre atacaba al gobierno general y al del Estado, porque no castigaban ejemplar y duramente á los reaccionarios de todas gerarquías.

D. José María de Leon y D. Urbano N. Marin eran jóvenes aplicados, de algun talento y sin grandes pretensiones. Se levantaron debido á sus propios es-

fuerzos y prestaron importantes servicios á la niñez, ilustrándola. Más entregados al profesorado que á la política, figuraron bien en aquel campo y poco en éste. El segundo ha alcanzado siempre el mejor éxito en el ejercicio de su simpática profesion.

D. Jesus F. López se separó de Avila por cuestiones de intereses y porque le pesó el yugo que éste le habia impuesto. López, entónces y despues, ha hecho ostentacion de ser exajerado en la teoría y moderado en la práctica; queria conciliar intereses y pasiones encontrados. Prestó servicios á la causa en distintas épocas, sirvió en la á que me refiero á D. Manuel Doblado, y al regresar á Aguascalientes hizo con éxito la oposicion á Avila.

A Macías y á Alcázar les conoce el lector y me conocerá á mí por mis hechos y por esta pequeña obra, si es cierto que *el estilo es el hombre*. Yo, que no sé si tuve la desgracia ó la fortuna de figurar en tan borrascosos tiempos, y cuando mis pocos años pudieron disculpar mis exajeraciones y mis errores, me presento cual soy en la simple narracion de los hechos históricos. Toca juzgarme á mis compatriotas á quienes no pido indulgencia, sino imparcialidad y buena fé.